

Es verdad que en América hubo revoluciones frecuentes durante todo el siglo XIX; pero, ¿era América la sola parte del planeta en donde los hombres se entregaban a esa clase de entretenimientos? Tomemos por ejemplo uno de los países más civilizados del globo, una de las naciones cuya desaparición habría de constituir la pérdida más grande para la Historia de la civilización. Entenderán ustedes que hablo de Francia. Comenzaremos por recordar el año 1799, cuando se estableció el Directorio. Acababa una revolución y empezaba otra; desde 1799 hasta 1870 las revoluciones se sucedían con ritmo histórico. Caía un Imperio, y venía una Monarquía; caía una Monarquía, y la reemplazaba otra más flamante, que se llamaba la Monarquía burguesa; caía la Monarquía burguesa, y volvía la República, con el modesto apelativo de Segunda. El mismo que era presidente de la segunda República daba un golpe de Estado y cambiaba el sistema, o a lo menos las formas, creando el Segundo Imperio, y ese Imperio caía con una revolución de los republicanos en el año 1870, que empezaron su vida revolucionaria reprimiendo la intencional comunista.

Si nos ponemos a contar, en una República americana, las verdaderas revoluciones que ha habido, encontraremos tantas como hubo en Francia, y, sin embargo, nadie ha dicho nunca que Francia fuera el hogar de la anarquía y que las revoluciones continuas hicieran allí la vida imposible y la convirtieran en un tormento.

La severidad de las naciones europeas con Sudamérica por causa de las revoluciones es simplemente una falta de perspectiva.

Si vamos a estudiar la razón por qué, desde 1870, desapareció en Francia el régimen de las guerras civiles quindeniales hemos de encontrar que cesaron porque se cambió en Europa el sistema de las revoluciones por otro que, aunque de una apariencia más seria y más grave, salía tan costoso como las revoluciones americanas, si acaso no lo era mucho más.

El año 1862 entraba Bismarck a ser Ministro del Rey de Prusia, y lo primero que hizo fué dar los decretos necesarios para la fundación de un ejército formidable, creando así lo que se llama ejército permanente. Las personas que estaban alrededor de Bismarck y que en ese momento estudiaban la situación de las demás naciones europeas, le observaron que no se comprendía el objeto que se proponía con

un ejército de esa magnitud. Rusia es nuestra amiga, le decían; de Austria no hay que temer; Francia tiene sus problemas internos y no se prepara para la guerra; y Bismarck, que había comenzado su política en los años 1848 y 1849, cuando se desencadenó sobre Europa la revolución social, contestó a los que le hacían objeciones: «Señores: No voy a fundar ese ejército permanente para defenderme de Rusia, ni para atacar a Austria, ni con planes de dominio sobre Francia; voy a crear un ejército contra la democracia»; y, en efecto, ese ejército sirvió para tener a raya a los individuos que Bismarck llamaba demócratas, en Prusia. Pero como las naciones limítrofes aún no tenían terribles democracias para justificar la fundación de un ejército tan

son los que han hecho la revolución en Rusia; el ejército ha hecho la revolución en Alemania; es el que ha hecho la revolución en Hungría dos veces, en Baviera varias veces; es el que ha hecho la revolución en Grecia y en Turquía. Aunque no lo parezca, son los militares los que han hecho la revolución en Italia, porque los fascistas no eran otra cosa que un ejército desmovilizado que no se conformaba con la desmovilización.

Vamos a ver, de estos dos sistemas, del sistema de las revoluciones continuas y del sistema de la paz armada, cuál viene a ser el más oneroso.

No puedo hablar del costo de las revoluciones armadas en Sudamérica porque las estadísticas no se llevaban entonces y la historia de ellas no está

escrita todavía. Es difícil andar a la caza de datos a una distancia como la en que nos encontramos. Pero conozco mi país, he estudiado su Hacienda, porque he tenido la...—no sé cómo calificarla—; dije yo el descuido de dejarme asir del Presidente de la República alguna vez y encargarme de dirigir la Hacienda de mi país. Por esa razón puedo dar algunos datos sobre lo que han costado las revoluciones en Colombia. Naturalmente, las cifras no son exactas; es imposible calcularlas, porque las estadísticas no han empezado a organizarse sino en el curso de los últimos veinte años; pero haciendo cálculos hemos llegado a la conclusión de que, en Colombia, todas las guerras civiles, incluyendo la de la independencia, costaron 22 millones de libras esterlinas. Son diez y nueve las

naciones americanas de origen hispano o portugués. Colombia no es de las naciones más grandes, ni tampoco de las más pequeñas; se la puede, por tanto, tomar como término medio; aceptando ese término medio, las revoluciones en América han costado, en el siglo XIX, 418 millones de libras esterlinas, una cifra formidable, que puede compararse con la que gastaban las naciones aliadas durante la última guerra en cuatro semanas. Nosotros necesitábamos un siglo para disponer de esa cantidad en nuestras orgías revolucionarias.

Ahora vamos al saldo moral. Por consecuencia de las guerras civiles, continuas en aquellos países, el sentimiento del patriotismo, en vez de exaltarse, sin llegar a desaparecer, vino a morigerarse; cosa muy natural, porque, estando los hombres en lucha continua con sus propios conciudadanos, tienen menos tiempo de odiar a

Advertencia

A fin de evitarles quejas y reclamaciones a los colaboradores espontáneos—que ya son bastantes—el Editor del REPERTORIO AMERICANO declara, una vez por todas, que en adelante no le dará curso a colaboración alguna que no haya sido especialmente solicitada. Perderán su tiempo, pues, y maltratarán vanidades propias, los que olviden esta Advertencia, que será inquebrantable.

Algo más: El REPERTORIO no es propiamente una revista literaria costarricense; quien lo lea con cuidado, a poco advierte que—en lo fundamental—es, como su nombre en parte lo indica, una recopilación de recortes de prensa castellana y extranjera, concebida dentro de un serio y vasto plan de política literaria hispánica. El Editor del REPERTORIO AMERICANO, pide, pues, a los que se dicen sus amigos, que lo dejen trabajar en paz.

poderoso, aquello era una amenaza para todas las naciones vecinas de Prusia, que, al darse cuenta del cercano peligro, comenzaron a armarse. De ahí viene lo que se llaman los cincuenta años de paz armada. Debajo de ese sistema forzosamente habían de acabar las revoluciones, porque, aunque el hombre no es un animal inteligente, sí sabe, por instinto, acomodarse a las circunstancias. El instinto le hizo presentir que no podía haber revoluciones en un país en donde la fuerza armada era tan considerable que lograría, en un momento determinado, acabar con cualquier clase de disturbios. Pero Bismarck y los individuos que imitaron a Bismarck hicieron mal el cálculo, porque no llegaron a considerar que ese ejército permanente, esa paz armada, llevaba en sí los gérmenes de la destrucción total. En efecto, después de 1914 hemos estado contemplando que los ejércitos